

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

LUZ Y SOMBRA

La virgen vino á mí—¡la Poesía!—,
llena de luz, de ensueños, de armonía.
Contemplando sus gracias ideales,
ver cruzar de mi cuarto los umbrales
á una puesta de sol me parecía.

Así la virgen era:
como tarde silente y misteriosa
esfumada en la sombra vespertina;
una tarde
que parece, entre flores,
cansada mariposa
buscando un tallo, en su embriaguez de olores:
que, al sentir que la noche se avecina,
recogiendo sus alas de fulgores,
en su lecho de nácar se reclina.

Yo estoy solo, aterido de silencio.....
Mueve el aire las lentas colgaduras....
Y, ojeando en mi espíritu, presencio
cuál desfilan mis propias amarguras!....

En el cielo de mi alma, con presteza,
los relámpagos fulgen pavorosos;
y hay ideas cruzando en mi cabeza
en un vuelo de pájaros medrosos.

En el abismo de mi ser, sombrío,
un triste viento zumba:
un viento triste y frío
que parece ¡Dios mío!
una siniestra espiración de tumba.
Y ese viento me dice
que solloza en lejano cementerio
un pedazo de mí: que en el misterio
de las fosas oscuras
está aquel hijo, de mi hogar proscrito,
que se hielan también las sepulturas,
y que está tiritando el muertecito.

En el abismo de mi ser, el viento
va errabundo y glacial, como un lamento.

Calofrían los gélidos turbiones:
la nube del dolor, volando, sube;
y se ven apagar las ilusiones,
como un toldo de estrellas, en la nube.

Y allí, fosco, mi espíritu,
con labio hurafío que á su Dios no reza,
clavando el ojo en la extensión ceñuda,
ve pasar la tormenta de la duda
envuelta en una nube de tristeza....

Entonces fué cuando la virgen vino.
La sonrisa en su labio purpurino,
grato misterio con la lumbre aduna;
y fulge silenciosa,
como un rayo apacible de la luna
que se hubiera adormido en una rosa.

En mí clavó sus ojos, que, del duelo
rasgaron el crespón; y vió mi anhelo
como un deshojamiento de querubes....
La virgen, como un sol, trajo el deshielo;
y su dulce mirar, para mi cielo,
fué un plumero de luz barriendo nubes.

Hablóme. Y su voz era
el eco de una linfa que, parlera,
va enflorando de aljófares la roca.
Hablóme, y sus acentos
hiciéronme escuchar, arrulladores,
entre el rosal florido de su boca,
como una orquestación de ruiseñores.
Y me miró la virgen;
y me tornó la calma.
Y fué, en dulce volar de alas radiosas,
con sus pupilas deshojando rosas,
y envolviéndome en pétalos el alma.

Y me arrulló la virgen
hablándome: “¿Te acuerdas?.....”
Y era del cielo la memoria santa.
Y, al par que hablaba con su voz que canta,
se adormía mi espíritu en las cuerdas
del oculto laúd de su garganta.

Y las penas en mi alma rebotaron;
y las uñas curvadas no llegaron;
ni me hirieron los dardos viperinos,
ni la negra traición de los puñales.
Porque, al hablar la virgen, fué lo mismo
que sí, en horas de gozos florestales,
y, en bandadas de artífices divinos,
le forjaran á mi alma los turpiales
una cota de malla con sus trinos.

Y se me fué la virgen Poesía!....
Pero, en mi pecho—como el sol, risueño
rayo de lumbre al declinar el día—,
me dejó un ruiseñor que es la Harmonía;
me dejó un lirio azul, que es el Ensueño!

II

Y vino la Verdad. Y era una anciana
inexorable y fría.
Se pintaba en su faz nublado de enojos,
y, allá en el fondo de sus claros ojos,
un abismo dormía.

Va, con el dedo, señalando abrojos
en torno de los pródigos rosales;
y un tallo seco entre sus labios dice
en qué quedan las rosas virginales.

Lleva el dolor donde su planta pisa.
Cuando quiere medir, empequeñece:
si el huerto va á sembrar, lo esteriliza;
y, si alumbra el camino, lo oscurece.

Y se sentó á mi vera.
Y destiló sus frases en mi oído,
como gotas de acibar, la hechicera.

“Calmá—dijo—ese cándido arrebató!
No te engrías, muchacho, con la aurora!
Esa aurora es la noche de hace un rato;
y será un rato más, noche la aurora!”

“Nada perdura en el eterno viaje.
La misma nubazón mata ó alienta.
Es, vestida de lumbres, el celaje;
y es, vestida de sombras, la tormenta!”

“Mañana será polvo
lo que es hoy mariposa,
lo que era antes oruga:
ese pétalo alado
que, volando, entre pétalos refoza.”

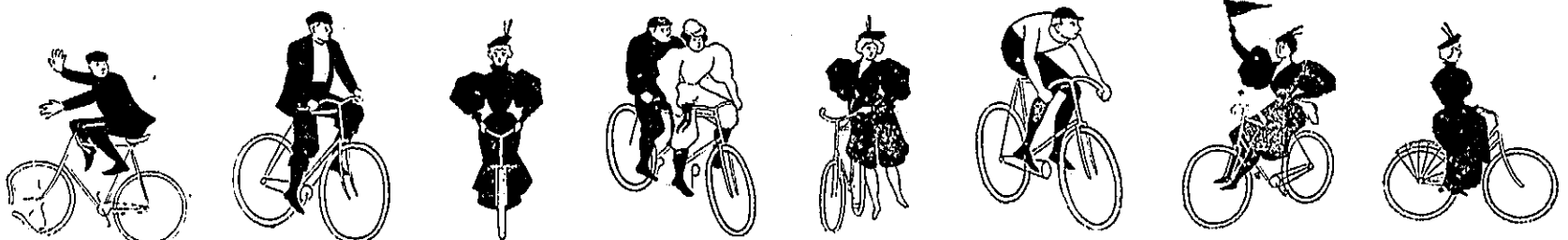
“Tu pena no es eterna: el llanto enjuga!
Tu hechizo va á apagarse muy temprano.
Esa piel tiene un término: la arruga;
y ese labio un epílogo: el gusano!”

Y se fue la hechicera.
Y se borró el celaje,
y se hundió entre sus mitos la Quimera.

Y supe muchas cosas:
que el ala de las lindas mariposas
es polvo nada más: que el dulce labio,
nido del beso, es fango: que las rosas
no pueden perdurar. ¡Me sentí sabio!....

Pero, antes de dejarme, la sombría,
cual triste fin de su letal empeño,
me mató el ruiseñor, que es la Harmonía:
me tronchó el lirio azul, que es el Ensueño!

Santiago Argiello



Joaquín F Vélez

Dedicado á Nicolás Victoria J.

Panamá, Agosto 14 de 1906.

Señor Don Nicolás Victoria J.

E. L. C.

Muy estimado amigo:

He escrito en honra de Joaquín F. Vélez recuerdos que su muerte ha traído á mi memoria; y le he dedicado á usted esa composición porque usted sobresale en virtud que distinguió á ese hombre eminente: EL VALOR CIVIL.

Acepte usted con benevolencia mi humilde ofrenda, y créame su admirador y amigo.

PABLO AROSEMENA.



A muerte de Joaquín F. Vélez, que ocurrió en Cartagena el 6 de Julio último, trae á mi memoria recuerdos que son al propio tiempo gratos y penosos. ¿No ha recibido el lector impresiones de esta índole?

Conoció á Joaquín F. Vélez en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá, en 1849. Hace ya 57 años. Yo había cumplido doce el 24 de Septiembre de 1848; nació en 1836; él tenía diez y seis años, pues, según escrito reciente, que juzgo fiel á la verdad, nació en 1832.



DR JOAQUIN F. VELEZ, ilustre colombiano muerto recientemente.

Hicimos juntos el primer curso de Filosofía, que abrazaba estas materias: Psicología, Lógica y Retórica; Aritmética y Algebra. Era catedrático de las Primeras el Doctor Benigno Barreto; de las dos últimas el Doctor Isidro Arroyo, istmeño, natural de Portobelo.

Me parece ver al Doctor Barreto, joven de

paseándose en los espaciosos corredores del colegio, siempre con el libro, su compañero inseparable. Era Pasante, y vivía en el colegio; estudiaba desde las seis de la mañana, á las diez de la noche, salvo las indispensables interrupciones.

También veo, á pesar de la distancia en el tiempo, á mi paisano, el cojo Arroyo, serio como una estatua, dando sus lecciones con método propio, excelente. Le teníamos sus discípulos respeto que rayaba en miedo. Estimulaba como sumo tacto el sentimiento del honor, y castigaba con ironía finísima, que el estudiante en falta sentía como herida en el corazón. Cuando el alumno se equivocaba al resolver el problema del día, lo invitaba invariablemente á repetir la errada de mostración. "Es nueva, decía, sin alterar su clásica seriedad, y he de confesar que no la conocí: hágame usted el favor de repetirla, porque deseo aprenderla." Era un chiste cuya significación conocíamos: "usted no sabe la lección; á su asiento."

Regía aun en 1849, en la simpática Nueva Granada, en los Colegios Nacionales, un régimen severísimo que se llamaba el del "Doctor Márquez," ex-Presidente de la República. Apruebo esa severidad, que conducía á formar hombres sólidos, de verdadera, no de mentida ciencia. Los liberales lo destruyeron aturdidamente en 1850, decretando la llamada *libertad de estudios*, es decir, el derecho de no estudiar. Mis convicciones liberales no me impedirán reconocer y declarar los pecados que el liberalismo haya cometido, sin duda con propósito inocente. Quien aspire á que sus conceptos sean respetables y prestigiosos ha de ser honrado y justo.

En el Colegio de nuestra Señora del Rosario, cupa intelectual de muchos hombres distinguidos, y conforme al régimen Márquez, era necesaria para ganar los cursos, la aprobación plena, en examen leal y severo, que hiciesen los catedráticos del Colegio. Había dos exámenes semianuales: uno en Julio y otro en Diciembre; el examen de cada materia duraba una hora; cada catedrático examinaba durante quince minutos, espacio de tiempo que señalaba un reloj de arena. Recuerdo que en mi examen de Psicología advertí que el reloj no funcionaba. Le hice notar la circunstancia al examinador, con vivacidad que causó gran impresión, y terminó el examen.

Joaquín F. Vélez fue aprobado con plenitud y calificado sobresaliente en las cinco ma-

terias que abrazaban el primer curso de Filosofía. No se repite manifestación de tanta vanidad el decir en esta ocasión que yo fui también aprobado en esas materias con plenitud y calificado sobresaliente. Dominado por el anhelo de concluir rápidamente mi carrera, y de volver al seno de mi familia, me matriculé en 1849 en las materias del primer curso de Filosofía, y en tres del segundo: En las clases de Geome-

tría, Trigonometría y Geometría Práctica fueron mis condiscípulos Luís Flórez, Gonzalo Gamboa y Alejandro Posada, todos buenos estudiantes.

Después de los exámenes tenía lugar en el Salón de Grados, un certamen público, en presencia del Presidente de la República, de los Secretarios de Estado, Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, y de público muy escogido. Aparecía que se colocaban en una bolsa los nombres de todos los alumnos de la respectiva clase, y que se tomaba uno á la suerte, por mano honrada; pero es la verdad que se hacía trampa honesta, se retó generalmente conocido: sólo se colocaban en la bolsa los nombres de los estudiantes calificados de sobresalientes. Era una suerte que usaba anteojos.

Esa suerte designó á Joaquín F. Vélez para sostener el certamen de Psicología, Lógica y Retórica. Estuvo muy lucido y arrancó muchos aplausos. La suerte me designó á mí para sostenerlo en Aritmética y Algebra. ¿Porque callar hoy á la altura en que me hallo, por mi edad, que alcancé en esa ocasión muy hermoso triunfo? Declaro que soy humilde y muy modesto, y que narro la verdad y sólo la verdad.

Yo obtuve el grado de Doctor en Jurisprudencia en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en presencia del Vicepresidente de la República, don José de Obaldía, convidado por mí, y después de examen muy rígido en Ciencia Constitucional, Derecho de Gentes, Legislación, Derecho Romano, Economía Política y Derecho Civil, Derecho Canónico y Procedimientos Judiciales el 16 de Octubre de 1852;



... y primer orador del Istmo

acababa de cumplir diez y seis años. Soy Doctor del año 51, como dijo Lucio Pinzón en bonitos versos que leyó en El Liceo Granadino. Fueron mis catedráticos, Francisco Javier Zaldivia, el *de r. cho cupatus*, como decía el original Juan E. Zamora Ignacio Ospina, abogado muy notable, padre del distinguido Doctor José Domingo Ospina Camacho; Antonio María Pradilla, Ricardo de la Parra, Francisco, Eustaquio Alvarez y Ra-

món Gómez. Los recuerdo con profunda gratitud!

Por designación sin duda atinada del Consejo de profesores del Colegio del Rosario, fue escogido Joaquín F. Velez para componer y pronunciar el discurso de estilo en el cortamén público de 1849. Se dijo entonces ¡oh, género humano! que ese discurso era obra del padre Cera. Joaquín F. Vélez mostró después, con su poderosa intelectualidad, que fué trabajo suyo. Cuando un joven comienza á distinguirse, halla siempre en su camino prójimos piadosos, que le disputan la paternidad de sus trabajos. Es una satisfacción que se dan las nulidades impotentes. El General Mosquera dijo que mi

acusación contra él, en causa que le siguió la República en 1867, por veintitrés cargos, era composición del Doctor Ezequiel Rojas! Es el elogio que más me ha halagado en el curso de mi vida.

Quiero yo, liberal, rendir á la memoria de Joaquín F. Vélez, el homenaje que imponen las prendas personales de ese hombre ilustre. Era muy inteligente é instruído; tenía en alto grado el valor material, que consiste en exponer la vida en el campo de batalla, ó en duelo singular, y reunía estas dos condiciones altamente apreciables: honradez acrisolada y valor civil: decía lo que sentía sin contemplaciones culpables. Puede responderse de la marcha civilizada

de una sociedad, si los ciudadanos tienen la entereza de decir lo que sienten y piensan sobre los hechos de los funcionarios públicos. Pero ¿qué sucede de ordinario en algunas de las Repúblicas de la América latina? Que suscriben adhesiones al gobierno los mismos que lo hallan—en conversaciones privadas—en rifa con la ley escrita y con el interés de la Nación!

El tipo Joaquín F. Velez, honra del género humano, no abunda; y ello es sensible, porque el valor civil, salva las sociedades, en la paz, que es gloria, ó ignominia.

Panamá, Agosto de 1906.

PABLO AROSEMENA.



LILI CARDOZE

ETHEL CARDOZE

DALIA CARDOZE



Psalmos

*Oh, retoños de Israel
que mostrais la dulce unción
de las vírgenes de Sión
en los tiempos de Daniel;*

*Frescas flores de un vergel
de Sarepta ó de Ascalón:
como ellas teneis el dón
del perfume y de la miel.*

*Dejad, jóvenes hermosas,
que de nardos y de rosas
os ofrezca una corona,*

*y que vuestras gracias rime
en el idioma sublime
de las hijas de Helicon.*

TRIOMEDE.

BREVES CONSIDERACIONES

SOBRE EL INGLÉS Y SU DESARROLLO

PARA LOS AFICIONADOS Á LOS ESTUDIOS FILOLÓGICOS.



EL inglés está á la orden del día. Se puede decir que es el idioma universal, el Volapuk del Siglo XX. No estará pues demás si decimos algo del origen de este idioma y de las modificaciones que ha sufrido en el transcurso de los tiempos.

Los aborígenes de la antigua Albión pertenecían al ramo gaelo-celta, que formaba parte de la gran familia Indo-germánica que en tiempos prehistóricos había abandonado las regiones del Hindukush en busca de nuevos domicilios. Llamáronse ellos mismos Bretones, nombre que acogieron los griegos al hablar de los Brettanos, y los Romanos, cuando dieron al país el nombre de Britannia.

El idioma de los antiguos celtas que podemos considerar como autóctonos de las islas británicas, se reduce hoy á dialectos que se hablan en Irlanda y algunas comarcas de la Gran Bretaña; casi desapareció cuando á mediados del siglo V las tribus germánicas, al apoderarse de estas islas, arraigaron su propia lengua, y en la actualidad solo encontramos restos del idioma gaelico en algunos nombres geográficos. Así, significa *aber* desembocadura, raíz que encontramos todavía en *Aberdeen*, (condado de Escocia); *Abergavenny* (parroquia en el condado de Monmouth); *Aberystwith* (en el condado de Cardigan). *Car* y *caer*, lugar fortificado, se conservó en *Cardigan* (condado de Inglaterra); *Cardiff* (ciudad del condado de Glamorgan en el país de Gales); *Carlisle* (en latín Luguvallum, capital del condado de Cumberland); *Caermarthen* (con-

dado de Gales). La raíz celta *Dun*, que equivale á fortaleza (*burgh*), la encontramos aún en *Dunedin*, lo que significa lo mismo que *Edinburgh* (Edimburgo), capital de Escocia. También *Dundee* ó *Dundca*, en el condado de Forfar, tiene por origen la misma raíz gaelica, y la Real Academia Española se equivoca al derivar esta palabra del latín *Donum Dei*. Tampoco tienen nada común con invierno los nombres escoceses *Inverary*, *Invergowrie*, *Inverness*, por más rigurosos que sean los inviernos en estas regiones, pues la raíz celta *inver* significa la desembocadura de un río.

La antigua raíz celta *hill* (iglesia) se ha conservado en *Kilpatrick* (parroquia en el condado de Sirling y Dumbarton, Escocia), lo que quiere decir iglesia de San Patricio, aludiendo al nombre del antiguo apóstol de Irlanda. Lo

propio ocurre en *Kilmarnock* (en el condado de Ayr); *Kilmore*, *Kilmallock* y otros tantos pueblos de Irlanda.

Los nombres geográficos *Llandoverly*, *Llandgollen*, *Llandaff* etc., aunque tratándose de ciudades-situadas en medio de llanuras, no se derivan de llano [plano], sino del gaélico *llan*, sagrado; lo que los celtas entendieron por llanuras y valles extensos lo denominaron *strath*, palabra que reconocemos luego en *Strathelyde*, *Strathmere* y otras.

También son de origen celta las palabras modernas *whiskey*, *pony* [caballito escocés], *curse* [maldecir].

Según indicamos más arriba, la lengua dominante en Bretaña era la anglo-sajona de los conquistadores germánicos, denominada *Englisc spræc* ó *Englisc reord* que se ha eurquecido considerablemente por la adopción de muchas palabras latinas y greco-latinas. Así conocieron los Anglos muchas palabras latinas antes que invadieran las islas Británicas como lo ha probado la Filología comparativa, v. g.

Butyr [del latín *butyrum*, griego *boutyron*] mantequilla, ha dado la palabra moderna *butter*, con francés se ha elidido la *y* en *butyrum*, asimilado la *t* á la *r* y producido la palabra *beurre*.

Inglés *Kitchen*, alemán *kueche* [cocina] viene de la palabra greco-latina *kykēna*.

Mille, alemán *meile* [milla] del latín *milia passuum* [1000 pasos].

Pound [libra], antiguamente *pund*, alemán *pfund*, del latín *poundus*, el peso. Resto de la misma raíz encontramos en la palabra castellana *preponderancia*.

Street [calle], antes *stræt*, alemán *strasse*, viene del latín *via strata*; denominaron así los Romanos el camino real pavimentado de piedras. *Wine*, antes *wīn*, alemán *wein*, del latín *vinum* [griego *voinos*].

Otras palabras latinas aprendieron los conquistadores al tomar posesión del territorio británico donde encontraron numerosas colonias romanas v. g.

Lincoln [condado de Inglaterra], de *Lindis Colina*. Las sílabas *chester* en *Manchester*, *Winchester*, *Chester*; *cester* en *Gloucester*; *caster* en *Lancaster*, son corrupciones de la palabra latina *castrum* y *castra* lo que significa campamento.

Otras palabras latinas y greco-latinas tomaron carta de naturaleza cuando los Anglo-sajones abrazaron el Cristianismo el año 597 y el nuevo culto les familiarizó con una multitud de frases relacionadas con el servicio religioso.

Church [iglesia], alemán *kirche*, viene del latín *cyrie* lo que era á su vez una abreviación del griego *hē kyriakē ekklesia*, la Asamblea en el señor; también la palabra francesa *kermesse* tiene por origen la misma raíz, y las palabras francesas y españolas *église* ó *iglesia* no vienen del latín sino directamente del griego *ekkleisia*, la Asamblea Nacional, *Alms* [limosna], antes *almesse*, alemán *almosen*, viene del griego *eleemosyne*, la misericordia, lo mismo que las palabras españolas y francesas *limosna* y *aumón* que se han desarrollado á su modo.

Angel [angel], antes *engel*, alemán *engel*, viene del griego *aggelos*, el mensajero.

Devil [diablo], antes *Deoful*, alemán *Teufel*, viene por origen la palabra griega *diabolos*, enigmático.

Bishop, antes *biscop* [obispo], alemán *bi-hof*, viene del griego *episcopos*, el vigilante.

Monk, antes *munne*, alemán *monch* [monje], del latín *monachus* y del griego *monaché*, solo.

Priest, antes *preost* [sacerdote], alemán *presbyter*, latín *presbyter*, del griego *presbyteros*, mayor de edad.

School, antes *seol* [escuela], alemán *schule*, del latín *schola*, del griego *schóle*.

Master antes *meægester* [maestro], alemán *meister*, del latín *magister*.

Después del latín fueron los dialectos escandinavos los que influyeron sobre la lengua inglesa, cuando los piratas dinamarqueses dejaron parte de su idioma en Inglaterra.

La palabra sajona *niman*, alemán *nehmen* [tomar], fue desalojada por el escandinavo *taka*

[germánico primitivo *taku*]; *storfjan*, alemán *sterben* [morir], cedió al escandinavo *deyja*, hoy *to die*.

La mayoría de las palabras que principian con *sk* tienen origen escandinavo, v. g. *sky* [cielo], *skin* [cutis], *skill* [hábil], lo mismo que los pronombres: *they*, *their*, *them*.

Hasta aquí hemos considerado el idioma inglés como lengua germánica, modificada por algunos modismos celtas, greco-latinos y escandinavos. La invasión de los Normandos cambió el idioma por completo. Su jefe Guillermo el Conquistador, una vez dueño de Inglaterra, dió leyes severas para mantener en la obediencia á los vencidos. Los obispados y las abadías fueron dados á Normandos que desconocían por completo el idioma inglés. Así quedaron idioma, uso y costumbres normandos implantados en Inglaterra y aunque, por algún tiempo, los dos idiomas subsistieron, la influencia que la corte y los grandes ejercían sobre los vencidos hizo que poco á poco disminuyera la preponderancia del elemento germánico. Sin embargo, se conservaron las raíces germánicas en todas esas expresiones que se refieren á agricultura, navegación y naturaleza, así como también son enteramente germánicos los verbos auxiliares, el artículo y la mayoría de los pronombres, preposiciones, numerales y conjunciones ó sea la base esencial de la gramática inglesa. Basta la existencia de las palabras germánicas para que se pueda sostener una conversación sencilla, así como también con ellas pueden formarse cuentecitos que no contengan ni una sola palabra de origen latino.

CAMPESTRE

Aquella es la más buena pastora del rebaño:
llora cual si la zarpa de un triste desengaño
la hiriera en lo más íntimo, cuando se vá la cabra
por extraviado, ignoto sendero. Una palabra
no se oye de sus labios cuando el reo cautiva
al corderillo dócil, y es una sensitiva
que jumbrosa y doliente, si el mayordomo inicia
pagar á la vecina parroquia la primicia;
y llora, llora triste su triste desengaño.....
Aquella es la más buena pastora del rebaño.

*

Yo sé de un zagalejo de faz entristecida,
que gasta largo rizo y espera la caída
del sol todas las tardes, pensativo y huraño,
por ver á la pastora más buena del rebaño.
En las noches tranquilas cuando la luna ríela
por el espacio ingente, se oye esta cantinela
triste del zagalejo de faz entristecida:
"Tus ojos son mi cielo, tus ojos son mi vida,
tus ojos me mataron... en una noche negra
tus ojos me mataron y ya nada me alegra,
tus ojos me mataron....."
Y á la siguiente tarde, pensativo y huraño,
aguarda á la pastora más buena del rebaño.

MANUEL CERVERERA.

DOLORA

¡Oh, las hondas soledades de las almas!
de las almas que supieron del placer
y del dolor.....
De las almas que fatigáanse de anhelos
al amparo de otros cielos,
donde no florece el sol.....

¡Oh, las tardes de crepúsculos enfermos!
¡Oh, delirios que nos hablan de un amor
imposible! ritmos trémulos
de una música lejana;
vagos tintes de las rosas de un mañana
tentador.

¡Oh, las rubias que no saben el enigma—
dulce, blando, halagador,
de los ojos tropicales.....!
¡Oh, los lirios invernales
que no saben de los ósculos sangrientos,
y se mueren en botón!

E. CARRASQUILLA MALLARINO.

Sucedió que la lengua normando francesa penetró en la inglesa sin que la sajona desapareciera, lo que hizo nacer muchos sinónimos como *town* y *city* [ciudad], *work* y *labour* [labor], *begin* y *commence* (comenzar), *end* y *finish* (terminar).

La asimilación completa de los Normandos se manifiesta en la formación de híbridos, palabras de raíces francesas, provistas de prefijos ó sufijos germánicos. Así se han formado: *Besiege*, del francés *siege*, sitio; *because* del francés *cause* [porque], *undervalue* (tener en poco), compuesto del germánico *under*, bajo, y del francés *valoir*. *Overturn* volcar, derribar, del germánico *over*, sobre, y el francés *tourner*, tornar. *Hinderance* con la raíz germánica *hinder* [impedir], alemán *hindern*, ha admitido la desinencia *ance* típica de las lenguas latinas.

De la palabra germánica *Gott* [Dios], alemán *Gott*, se ha formado un femenino *goddess* [diosa], análogo al francés *déesse*. *Edible* y *drinkable* [comible y potable], del germánico *eat* [comer] y *drink* [beber], han admitido la desinencia francesa.

Análogo á *Kingdom* [reino], formaron *dukedom*, agregando la desinencia germánica *dom*, alemán *tum*, á la palabra francesa; igualmente procedieron al crear la palabra *falsehood* (falsedad), siendo la raíz de origen latino (*falsum*) y la desinencia germánica (alemán *heit*). Lo mismo sucedió con el adjetivo *beautiful*, compuesto del francés *beau* y del germánico *full* (lleno).

Poco á poco se ha ido extinguiendo el francés, por lo menos como idioma popular, y hoy prevalecen las palabras derivadas de raíces francesas solamente en el lenguaje literario, como expresión de ideas desconocidas á los antiguos Anglo-Sajones. Las palabras francesas, que quedaron en el idioma inglés, sufrieron tal modificación, gracias á la influencia de la lengua germánica, que apenas se reconoce su origen. Reinaba entonces una confusión en las lenguas, verdaderamente babilónica, la cual nos pinta con vivos colores el célebre Caxton cuando en su prólogo para la *Aeneis* de Virgilio dice así:

"That comyn englysshe that is spoken in one shyre varyeth from another in so much that in my days happened that certayn march-auntes were in a shipe in Tamyse, for to have sailed over the sea into Zelande, and for lacke of winde thei taryed atte forlond and wente to laude for to refreshe them. And one of theym named Sheffelde, a mercer, cam into an hows and axed for mete and specyally he axed after eggys. And the gode wyfe answerde, that she coude speke no frenshe. And the marchaunt was angry, for he also coude speke no frenshe, but wolde have hadde egges; and she understode hym not. And thenne at laste á nother sayd that he wolde haue *eyren* (huevos) then the good wyf sayd that she understod hym wel. Loo! What sholde a man in thyse dayes now wryte, *eggys* or *eyren*?" Así Caxton.

Tanto *eggys* como *eyren*, son de origen germánico; *egg*, tomado del antiguo escandinavo se conservó, mientras que la palabra sajona *eyren* de la raíz indo germánica *ag aegru*, se ha olvidado.

Tempora mutantur et nos mutamur in illis. Cinco siglos han pasado; el progreso de las ciencias ha enriquecido el idioma y dado origen á numerosos términos técnicos como: *photograph*, *telephone*, *bicycle*, *Röntgen Rays*, *Kinder-garten*, *lagerbeer*, *fin-de siècle*.

Diffícil será reconocer en el idioma mo largo aquel lenguaje que con tanta gracia empleaba el primer poeta británico, el inmortal Chaucer. Nuevos dialectos se han formado, tales como el Negro-English, el Indio English y el Pensilvania-Dutch en America, y en Asia, el Pidgin English, la lengua intermediaria entre los comerciantes europeos y los indígenas del extremo oriente; pero como el dialecto de la Isla de France, entre los franceses, y el castellano en España, el habla de Londres es la que sienta jurisprudencia en Inglaterra, la que se imita, la que se considera como el Standard English.

DR. E. HOFFMANN.

Un drama de

Santiago Argüello

"Para los chicos, cuentos de hadas. Ellos han menester de fuertes cosas, si se quiere despertar su interés y hacer vibrar las cuerdas de su sensibilidad. *Érase un rey que degollaba niños...*

"Los hombres de nervios poco finos, y de intelecto escasamente cultivado, están, en cada una de las impresiones estéticas, á un mismo nivel con los infantes. Para ellos: si novela, Montepin ó Gaboriau; si drama, Bouchardy ó Dumas padre. Según su criterio, el drama es un cunredo; y será tanto más drama aquel que tenga más horripilantes lances, de esos que entran por los ojos del rostro, y que tornan el vello en alfileres.

"Para otros, para los de exquisiteces sensibles y de selecciones mentales, el drama está en el más leve rincón de la existencia. Aun cuando pase, hay drama. Poner trozos de vida; relevar corazones, escarpelar espíritus, es hacer dramas íntimos. Estos conmovrán, no á los sefes bastos, no á los niños-hombres, sino á quienes no cifran el puro goce estético en el *qué pasará* de las intrigas, sino en la emoción contemplativa de la interioridad humana: á los que no ven el gesto, sino el dolor; á quienes no es preciso golpear los ojos con el brochazo gordo de lo externo, sino que sienten el placer doloroso de los profundos dramas, de esos que, sin cruentos puñales, ni estrepitosas vociferaciones, son tormentas recónditas del alma.

"Para los últimos, que no para los otros, está escrito mi OCASO. El aplauso de los menos me llenará de júbilo. El bostezo de aquellos, como el palmetazo de los Aristarcos de docena, me importará bien poco.

SANTIAGO ARGÜELLO."

Por estos párrafos llenos de verdad que á modo de proemio puso el ilustre poeta leonés Santiago Argüello á su drama *Ocaso*, recientemente estrenado, podrán bien imaginar los espíritus de excepción, la índole de esa joya literaria que el poeta, haciendo esta vez de dramaturgo también, enriquece la literatura americana tan vergonzante de obras de esa clase.

Ocaso, como toda producción de Argüello, muestra su sello personalísimo del cual es imposible desprenderlo. Menos notable, eso sí, que en su prosa netamente artística ó que en sus versos divinos, ello obedece, fuera de toda duda, á la estructura y fines del drama que aparejan dificultades máximas á toda tarea de refinamiento, y que en la honda breña y el afán constante del cincelador, oponen á sus esfuerzos resistencias gráficas, á veces insuperables.

Y es que la vida, de la cual todo drama nos copia un aspecto, es harto triste y pléfrica de imbecilidad. Nuestras acciones, nuestras necesidades, nuestros pensamientos mismos están hondamente ligados á la materia, y los reclamos de ésta son ineludibles de tal modo, que ni aun los seres superiores por su cultura ó por su intelecto logran escapar á sus exigencias, á sus ridículas exigencias, que empujan y deprimen.

Puede desde luego comprenderse, dadas las anteriores consideraciones, todo el valor de ese trabajo en que cuidadosamente se evitan los lugares comunes, tanto en el lenguaje como en el desarrollo escénico, y en que los hechos, reales, todo lo reales que el drama requiere, están como velados ligeramente por una nube de inmaterialidad. Hay personajes en él como Celia y Joaquín, los protagonistas, que con sus sentimientos, sus hechos y sus ideas son, no seres imaginarios, pero sí por lo menos seres raros, muy raros, ya que las manifestaciones de la voluntad son en ellos diferentes de las naturales al común de los humanos.

Argüello estudia en su drama un caso de psicología no común y el tratamiento es de lo

luego de una subjetividad que resalta. Por esta causa, debemos al leerlo pasar como inadvertidamente por sobre cualquier escollo que en la forma hallemos, pues siendo *Ocaso* su primer trabajo en un género tan difícil, tiene indudablemente sus faltas que él sabrá luego corregir. Lo que vivamente debe llamar nuestra atención es ese caso raro que nos presenta su autor en Celia, la esposa culpable luego arrepentida.

Ocaso parece anunciar que el poeta leonés causado ya de las armonías florestales, quiere ensayar sus fuerzas acometiendo empujadas de mayores bríos. No piensa mal, y al trabajar para su gloria puede, siguiendo ese camino, contribuir á la formación del teatro americano, cuya necesidad cada día se acentúa más.

Sin embargo, fuerza es decirlo, aunque ello ponga un gesto de disgusto en la faz del artista. Admirable nos parece *Ocaso*, y gustosos lo alabamos, pero preferimos á esta obra realista

los bellos versos y la rica prosa del poeta. Y es que hemos idealizado de tal modo su personalidad, que solo alcanzamos á suponer al maestro como á un mago divino, que moja su pluma

en las lucientes gotas de rocío que, en las mañanas autumnales tiemblan tímidamente en el caliz discreto de los lirios perfumados.

GUILLERMO ANDREVE.



SR. PABLO AROSEMENA P., muerto en Nueva York el 14 de Julio último.

A LOS ARTISTAS NUEVOS

¿Quién sorprendió el sonido de las ondas
Emitidas del alma de los vinos
En las antiguas ánforas redondas?
¿Quién escuchó los cánticos marinos,
Cuando surgió Afrodita de las ondas?

¿Quién arrulló á las ninfas en los prados
Y succionó de sus erectos senos
Los pezones enhiestos y rosados?
¿Quién abrevó los sorbos más amenos
De los chiprenses vinos consagrados?

¿Quién deleitó sus frágiles sentidos
En caprichosas y opulentas danzas?
¿Quién prodigó los besos convertidos
En filtros de sutiles esperanzas,
Bajo de lo ramales florecidos?

¿Dónde sonaron, frescas y rientes,
—Sin que la edad que corre las extinga—
Para adular las pensativas frentes,
Las armoniosas cañas de Siringa
Cabe la verde orilla de las fuentes?

¿Dónde, decid, se alimentó el sediento
Corazón, con las savias productoras
De libertad, de vida y sentimiento,
Que de sus hijos escanciaba Flora,
Brotaba el ave y conducía el viento?

¿En Olimpiada cuál se vió la hora
En que se remozaba el Universo
Con la Naturaleza bienhechora:
En que era de oro el sol, desol el verso,
Y de versos el carro de la Aurora?

¿De alguna nebulosa mensajera,
En qué país, bajo la luz gloriosa,
Castamente surgió la Primavera,
Rosada, sonriente y olorosa,
En el nacimiento de la primavera?

Lo quiero preguntar, por que he sentido
El apacible murmurar lejano
De un mundo que moraba en el olvido,
Y que el moderno corazón pagano,
Con el verso moderno, ha revivido.

HERMES CEPEDA.

NUPCIAL

PARA EDELMIRA CORTÉS G.

En las hojas el viento rumorea
del Sarandí umbrío,
y entre los junco verdes cabrilla
el argentado río.

Es la hora nupcial de los amores
en las agrestes frondas.....
Es Venus sobre un tálamo de flores
surgiendo de las ondas.

Los nardos abren su pristino broche
á las brisas serenas,
y entre las sombras de la ardiente noche
suspiran las verbenas.

En el bosque tú y yo! Tú seductora
con tus ojos al cielo.....
brindándome la esencia enervadora
de un pálido asfodelo.

Un beso en el silencio del paisaje
erótico vibró.....
y el ángel del amor entre el bosque
las alas agitó.

BERNABÉ DURÁN ARENAS

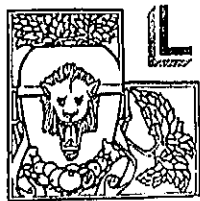
Figuravo



SR. BELISARIO ARANGO, muerto en esta ciudad el 3 de Agosto último

COMEDIA DE ENSUEÑO

(Una cueva en el monte, sobre la encrucijada de dos caminos de herradura. Algunos hombres á caballo llegan en tropel, y una vieja asoma en la boca de la cueva; su figura se destaca por obscuro sobre el fondo pajizo donde llamea el fuego del hogar. Es la hora de anochecer.)



LA VIEJA.—¡Con cuánto afán os esperaba, hijos míos! Desde ayer tengo encendido un buen fuego para que podáis calentaros. Vendréis desfallecidos.

(La vieja éntrese en la cueva, y los hombres descabalgan. Tienen los rostros cetrinos, y sus pupilas destellan en el blanco de los ojos con extraña ferocidad. Uno de ellos queda al cuidado de los caballos, y los otros, con las alforjas al hombro, penetran en la cueva y se sientan al amor del fuego. Son doce ladrones y el Capitán.)

LA VIEJA.—¿Habéis tenido suerte, mis hijos?

EL CAPITÁN.—¡Ahora lo veréis, Madre Silvia! Muchachos, junta el botín para que puedan hacerse las particiones.

LA VIEJA.—Nunca habéis hecho tan larga ausencia.

EL CAPITÁN.—No requería menos el lance, Madre Silvia.

(La Madre Silvia tiende un paño, y sus ojos acechan avarientos cómo las manos de aquellos doce hombre desaparecen en lo hondo de las alforjas y sacan enredadas las joyas de oro, que destellan al temblor de las llamas).

LA VIEJA.—¡Jamás he visto tan rica pedrería.

EL CAPITÁN.—¿No queda nada en tus alforjas, Ferragut?

FERRAGUT.—¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN.—¿Y en las tuyas, Galaor?

GALAOR.—¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN.—¿Y en las tuyas, Fierabrás?

FIERABRÁS.—¡Nada!

EL CAPITÁN.—Está bien. Tened por cierto, hijos míos, que pagaréis con la vida cualquier engaño . . . Alumbrad aquí, Madre Silvia.

(La Madre Silvia descuelga el candil. El Capitán requiere las alforjas, que al entrar dejó sobre un escaño que hay delante del fuego, y los ladrones se acercan. Sobre aquel grupo de cabezas cetrinas y curiosas, llamea el reflejo sangriento de la hoguera. El Capitán saca de las

alforjas un lenzuolo bordado de oro, y al desplegarlo se ve que sirve de mortaja á una mano cercenada: una mano de mujer con los dedos llenos de anillos y blancura de flor.)

LA VIEJA.—Cada uno de esos anillos vale una fortuna: no los hay ni más ricos ni más bellos. . . . Aprended, hijos

EL CAPITÁN.—¡Bella también es la mano, y mucho debía serlo su dueña!

LA VIEJA.—¿No la has visto?

EL CAPITÁN.—No. . . . La mano asomaba fuera de una reja, y la hice rodar con un golpe de mi yatagán. Era una reja celada de jazmines, y sin el fulgor de los anillos, la mano hubiera parecido otra flor. Yo pasaba al galope de mi caballo, y sin refrenarlo, la hice caer entre las flores, salpicándolas de sangre: apenas tuve tiempo para cogorla y huir. . . . ¡Ay, si hubiera podido imaginarla tan bella!

(El Capitán queda pensativo: una nube de tristeza empaña su rostro, y en los ojos negros y violentos que contemplan el fuego, tiembla el áureo reflejo de las llamas y de los sueños. Uno de los ladrones alcanza la mano que yace sobre el paño de tisú, é intenta despojarla de los anillos, que parecen engastados á los dedos yertos. El Capitán levanta la cabeza y fulmina una mirada terrible).

EL CAPITÁN.—Deja lo que no puedes tocar, hijo de una perra. Deja esa mano que en mala hora cortó mi yatagán. ¡Así hubiera cegado mis ojos cuando la ví!

(El Capitán suspira, y los ladrones callan asombrados de ver cómo dos lágrimas le corren por las fieras mejillas).

LA VIEJA.—¡Así hubieran cegado tus ojos!

EL CAPITÁN.—¡Pobre mano blanca que pronto habrá de marchitarse como las flores! Diera todos mis tesoros por unirle otra vez al brazo donde la corté

LA VIEJA.—¡Y acaso hallaras un tesoro mayor!

EL CAPITÁN.—Y por ver el rostro de aquella mujer diera la vida Madre Silvia, tú que entiendes los misterios de la quiromancia, dime quién era.

(La Madre Silvia toma entre sus manos de bruja aquella mano blanca, y sin esfuerzo la despoja de los anillos. Luego frota la yerta palma para limpiarla de la sangre y poder leer en sus rayas. Los ladrones callan y atienden).

LA VIEJA.—Desde el nacer, esta mano hallábase destinada á deshojar en el viento la flor que dicen "de la buenaventura!" Es la mano de una dama encantada que, cuando dormía el enano su carcelero, asomaba fuera de la reja llamando á los caminantes para indicarle la sonda.

EL CAPITÁN.—¡Con qué tierno misterio esa mano me llama ahora á mí!

LA VIEJA.—Ojos humanos no la habían visto hasta que la vieron los tuyos, porque el poder del enano á unos se la fingía como paloma blanca, y á otros como flor de la reja florida.

EL CAPITÁN.—¡Porqué mis ojos la vieron sin aquel fingimiento!

LA VIEJA.—Porque se había puesto los anillos para que más no la creyesen ni paloma ni flor. Y pasaste tú, y de no haberla hecho rodar tu yatagán, te habrías desposado con la dama que es una princesa.

(El Capitán calla pensativo. La Madre Silvia, á la luz del candil, cuenta y precisa los anillos. Ferragut, Galaor, Fierabrás y los otros ladrones, hacen la división del botín).

FERRAGUT.—Dadme acá esos anillos, Madre Silvia.

GALAOR.—Dejad que los veamos.

FIERABRÁS.—¡Buen golpe ha dado el Capitán!

ARGILAO.—¿No serán esos anillos cosa de encanto, que desaparezcán?

SOLIMÁN.—Si eso temes, yo te compro el que te caiga en suerte.

BARBARROJA.—Yo te lo compro, te lo cambio ó te lo juogo.

LA VIEJA.—¡Esplendeu tanta luz, que hasta mis manos arrugadas parecen hermosas con ellos!

[Después de estas palabras hay un silencio: se ha oído el canto de la lechuza, y todos atienden. Aún dura el silencio, cuando en la boca de la cueva aparece una sombra con sayal de penitente y luenga barba. Entra encapuchado y doblando sobre el bordón: en medio de la cueva se endereza y se arranca las barbas venerables que arroja en el hogar, donde levantan una llama leve y volandera. Los ladrones ríen con algazara. El Capitán pasea sobre ellos su mirada].

EL ERMITAÑO.—Una nueva os traigo que no es para fruncir el ceño, Capitán.

EL CAPITÁN.—Dila pronto y vete.

EL ERMITAÑO.—Antes de amanecer pasará por el monte una caravana de ricos mercaderes.

[Los ladrones se alborozan con risa de lobo que muestra los dientes. Ferragut aña su puñal en la piedra del hogar, y la vieja echa otro haz en el fuego.]

EL CAPITÁN.—¿Son muchos los mercaderes?

EL ERMITAÑO.—Son los hijos y los nietos de Eliván el Rojo.

EL CAPITÁN.—¿Y á dónde caminan?

EL ERMITAÑO.—A tierras lejanas, con sedas y brocados para las tres hijas de un Rey.

[El Capitán calla contemplando el fuego, y vuelve á sumirse en la niebla de su ensueño. En la cueva penetra cauteloso un perro, uno de esos perros vagabundos que de noche, al claro de la luna, corren por la orilla de las veredas solitarias. Se arrima al muro, y con las orejas gachas rastrea en la sombra. Alguna vez levanta la cabeza y olfatea el aire: los ojos le relucen; es un perro blanco y espectral. Se oye un grito. El perro huye, y en los dientes lleva la mano cercenada, flor de albura, flor de misterio, que yacía sobre el paño de oro. Los ladrones salen en tropel á la boca de la cueva. El perro ha desaparecido en la noche].

EL CAPITÁN.—¿Seguidle!

FERRAGUT.—Parece que las sombras se lo hayan tragado.

SOLIMÁN.—Entró en la cueva sin ser visto de nadie.

GALAOR.—Es un perro embrujado.

BARBARROJA.—Por suerte, se lleva solamente la mano, que de los anillos ya había cuidado de despojarla la Madre Silvia.

EL CAPITÁN.—¿Seguidle! La mitad de mis tesoros daré al que me devuelva esa mano. ¿Seguidle! Ferragut, Galaor, Solimán, batid el monte sin dejar una mata, Barbarroja, Guiferós, Cifer, vosotros corred los caminos. ¡Pronto, á caballo! La mitad de mis tesoros tiene el que me devuelva esa mano, y todos los anillos que habéis visto lucir en sus dedos yertos. ¡Pronto, pronto, á caballo! ¡No habéis oído? ¿Quién desoye mis órdenes? •A batir el monte, á correr los caminos, ó rodarán vuestras cabezas.

[El grupo de los ladrones permanece inmóvil en la encrucijada, y más al fondo, los caballos, con las sillas puestas, muerden la yerba áspera

del monte. La luna ilumina el paraje rocoso, batido por todos los vientos. Se oye que pasa á lo lejos la caravana lenta y soñolienta. La Madre Silvia desde la entrada de la cueva deja oír su voz].

LA VIEJA.—Hijos míos, no corráis el mundo inútilmente, que moriríais de viejos á lo largo de los caminos sin hallar la mano de la Princesa La caravana pasa; aprovechad el bien que os depara la suerte.

EL CAPITÁN.—Calla, vieja maldita, si no quieres que te clave la lengua con mi puñal.

FERRAGUT.—¿No lo permitiera yo!

SOLIMÁN.—¿Ni yo!

BARBARROJA.—La Madre Silvia habla en razón.

GALAOR.—El Capitán ha sido hechizado por aquella mano que cortó.

CIFER.—Yo por nada del mundo me pondría uno solo de sus anillos.

GAIFERÓS.—Yo, si alguno me toca en suerte, desde ahora lo renuncio.

EL CAPITÁN.—¡Callad, hijos de una perral! Yo iré solo, pues de ninguno necesito. Vosotros quedad aquí esperando la soga del verdugo.

[Adelanta un paso hacia el grupo de su gente, y queda mirándolos con altivo desdén. Los ladrones esperan torvos y airados, prevenidas las manos sobre los puñales. Se oye más cerca el rumor de la caravana que cruza por el monte. El Capitán, con una gran voz, llama á su caballo, monta y se aleja].

LA VIEJA.—¡Aguarda un consejo!

ARGILAO.—¡Ya nunca volverá!

FERRAGUT.—Desde ahora, yo seré vuestro Capitán.

BARBARROJA.—Yo lo seré.

SOLIMÁN.—Ved que todos pudiéramos decir lo mismo.

GALAOR.—Lo echaremos á suerte.

CIFER.—Que los dados decidan quien ha de ser.

[La Madre Silvia tiende en el suelo el paño de oro que fué mortaja de la mano blanca, y los ladrones fían su suerte á los dados, mientras por el camino que ilumina la luna corre un jinete en busca de la mano de la PRINCESA QUIMERA].

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

Acuarela

PARA ALGIBÍADES ARJONA, afectuosamente.

Ante el cuadro premiado, que tanto nos seducía, el Maestro contónos:

—Este cuadro es real. Yo ví á los dos amantes en el campo solitario marchar unidos del brazo; ella siempre bella; él siempre bueno.

En el sendero florecían las *manzanillas* color de oro y desde sus tallos enhiestos, entre el ropaje verde-oscuro de sus hojas, aromaban el aire las gardenias. El horizonte de la vasta llanura permanecía límpido y sobre el azul impecable del espacio no se dibujaba entonces un solo celaje, ni aún parpadeaban con ansias de vida, las estrellas de la tarde.

El canto agudo y monótono de un grillo, oculto en la grama, quebraba á ratos el silencio, triste y adormecedor.

El entonces la dijo con voz tenue y dulce: —Te quiero mucho, tanto como la luz al sol

Y ella, toda ruborosa, repuso:

—Si, amémonos, la vida solo por el amor es soportable.

Y sus cuerpos se estrecharon; sonó el chasquido de un beso largo en que había convulsiones robusta de vida, beso que se daban labios repletos de sangre poderosa, y entonces la luna—antes velada por las nubes—dió desde el cielo su luz de plata al cuadro que animaban la Juventud y el Amor

ALEJANDRO DUTARY.

RAZON TRISTE

Viajero, si arribares al predio donde mora la que adulan mis versos, la más bella pastora de los contornos gratos del Magdalena, díla que soy triste; que gimo porque el dolor enfla su zarpa en la tristeza de mi carne; que cada breve *tic tac* del tiempo le lleva una preciada corona de recuerdos; que desgrane sus flores sobre la tumba negra de mis viejos amores y que cuando en las tardes contemple la caída del sol, jamás olvide la faz entristecida del zagalejo humilde que condujo el rebaño cantando un verso triste como su desengaño

Díla, además, que rompa la sombra en que me enredo; díla que soy un mártir, díla que tengo miedo de ser un maldecido de sus labios; que cada *tic tac* del tiempo breve le lleva una preciada corona de recuerdos, y que lleva sus flores obre la tumba negra de mis viejos amores

Pero si fuere ajena, si el contrario destino me priva de encontrarla de nuevo en mi camino; si alguien podó la rama donde cantó mi anhelo y se llevó la estrella que engalanó mi cielo; si para las fatigas de la ruda contienda con otro, menos débil, aderezó su tienda, díla cuando en las tardes contemple la caída del sol, que no recuerde la faz entristecida del zagalejo humilde que condujo el rebaño cantando un verso triste como su desengaño

MANUEL CERVIERA.

LA ORACION

A SANTIAGO ARGUELLO.

Crepúsculo del sol t.ágicamente

Alligen á la tarde arsas ignotas;

Los débiles luceros, esas gotas

De aurora, se destizan por su frente.

Sobre la playa, y á la luz muriente,

Semejan aleteando las gaviotas,

Pétalos blancos de camelias rotas

Caerendo de los parques del poniente

Lejano el cielo, junto al mar se mira

Arrebolado con salvaje ingenio,

Como una hoguera que el terror admira:

Y el sol de pié, en su auroral proscenio,

Martir augusto entre la roja pira,

Muriendo ardido como infausto genio.

JOSE T. OLIVARES

SIGNO

En mis noches burguesas voy contigo á la cena,

no por tus ojos húmedos ni tu boca de flor,

ni por tu charla suave de falsedad amena,

ni por tus manecitas anémicas de flor.

Voy contigo porque eres indiferente y buena, porque en tí todo es símbolo, hasta el mismo color de luna pensativa. Porque tu alma es ajena, porque ignoras si sufres ó gozas el dolor.

Tus ojos poco dicen, pero al fijarme en ellos

sin tener nada bello me parecen más bellos.

Eres evocativa como lo que no existe.

En tí vive un secreto de cosas ignoradas

y eres en la inocencia de tus fijas miradas

algo que está muy lejos y algo que está muy triste.

EMILIANO HERNANDEZ.



LA ORACION

A SANTIAGO ARGUELLO.

Sacrificado el sol, la luz se apaga;

Todo se enluta en la oquedad ya fría,

Ni siquiera un indicio de alegría

En esa muda lobreguez amaga.

Hondo pesar el corazón embriaga

De la montaña, por el rey del día:

Acalla de sus aves la armonía,

Y ni un rumor entre la brisa, vaga.

Bajo la negra y sepulcral techumbre

Del vasto templo de la noche santa,

La luna llega hasta sus aras bellas,

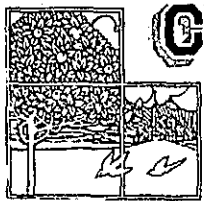
Y su oración á la infinita Lumbre

Pálida y triste por el sol levanta

Arrodillada ante la Cruz de estrellas;

JOSE T. OLIVARES.

ECOS



CUANDO el monje legendario, que creía haber estado algunas horas ausente de su convento, dejó de oír al pájaro del cielo, habían pasado cien años. Así se deslizará la eternidad de la bienaventuranza, en la que hay cantos de aves maravillosas que convierten los siglos en horas. . . . Es la mejor de las parábolas sobre la fugacidad del placer la que fué compuesta para demostrar que puede ser perdurable. Existe la de la lentitud del dolor? ¿La tiene acaso ese creador de suplicios que adivinó el *Inferno* y el *Purgatorio* y no pudo imaginar para su *Cielo* otra cosa que metafísicos goces? De todos modos el símbolo sería más difícil. Creer que han transcurrido largos años, siglos enteros, cuando se ha pasado algunos instantes de horribles tormentos, parece un fenómeno vulgar, tan vulgar que la figura retórica se ha incorporado al lenguaje corriente. La cabeza blanca, la espalda encorvada, las manos temblorosas, todo lo que puede dar el aspecto exterior de la vejez, está allí para explicar la aberración. Pero la aberración no se produce.

El placer abrevia los instantes. El corazón ó el espíritu interesados pueden perder la noción del tiempo. La noche que cae, la mañana que aparece, sorprenderán siempre á los felices. —¿Es ya el ruiseñor? ¿Es ya la alondra? Pero el dolor, el profundo, el intenso, la desesperación, al ansiedad, no prolongan las horas. No hay quien se engañe pensando que ha transcurrido mucho tiempo cuando ha sufrido algunos momentos de tortura. Ese es el privilegio lamentable de la tristeza y del hastío; no es el de la angustia.

El espíritu no acepta fácilmente su desacuerdo con la naturaleza. Tiende, por el contrario, á la armonía, no asimilándose á ella, sino transformándose según su propio estado, transitorio ó definitivo. Ni el firmamento estrellado, ni el mar, ni las montañas, ni los bosques—oh! esto es bien sabido!—parecen igualmente bellos ni igualmente grandes en todos los momentos de la vida. La naturaleza inmóvil, idéntica siempre á sí misma, aún en su variedad, no podría resistirse á entrar en los moldes que inconscientemente le fabrica cada ser humano, renovándolos sin cesar.

Las horas mismas deben someterse á esta presión del espíritu. La ansiedad, la angustia, la desesperación, lo que no desaparece, cesa ó se apacigua, sin el transcurso del tiempo, haría un contraste inverosímil con la lentitud de las horas. Se anhela su paso rápido y así pasan, con alas en los pies, como Hermes. ¿Es posible, acaso, creer en dolores horribles que se prolongan mucho tiempo?—Dos horas de ese tormento hubieran acabado con mi vida. . . . ¿Dos horas? Sabéis que han transcurrido cuatro, seis, diez?

Preguntado á los mineros de Courrières sobrevivientes de la catástrofe de los últimos tiempos. Han permanecido veintiseis, veinte, quince días bajo la tierra, con la certeza de la muerte próxima y asíéndose desesperadamente á la vida; muriéndose un poco más á cada instante, sufriendo inenarrables torturas ¿no es verdad que cada uno de ellos debió de creer en meses, en años de suplicios? ¿No puede suponerse que sería ésta una prueba decisiva para juzgar de la lentitud con que transcurre el tiempo para los miserables? Ellos podrían sorprenderse de ver las cosas en el mismo estado en que las dejaron —¿Tanto tiempo antes!—con mayor justicia que el monje del cuento al verlas transformadas ó al no verlas. Y sin embargo, los sepultados vivos de Courrières creían haber permanecido el uno solamente seis días, otro diez, otro trece en el fondo de los pozos. El tiempo les había parecido corto, exactamente como á los señores más felices. Ni uno solo se aproximó siquiera á la cifra justa.

La angustia que prolonga las horas es, pues, una leyenda que desaparece. Y puesto que desaparece, imaginemos una paradoja para oponerla al ave que cantó cien años.

El monje vuelve á su convento. La fé ha renacido en su espíritu, y para conquistar ese lugar de inefables delicias que es el cielo, multiplica sus ayunos, sus maceraciones, sus plegarias, sus buenas obras. Su contemplación se impregna de una sublime esperanza: la de la eterna dicha que espera, más allá de la muerte. El más pequeño de todos los goces convierte un siglo en una hora, y es un goce de un solo sentido, uno de los más nobles sin duda; pero solo uno. ¿Cómo serán halagados los otros y cómo lo será ese espíritu suyo inmortal, capaz de comprender toda la belleza inefable del Bien absoluto!

Pero al mismo tiempo que la certidumbre de la perpetua felicidad, se presenta á sus ojos la del mal evitado; el dolor sin término de los réprobos. Si la dicha convierte los siglos en horas, la desesperación debe convertir las horas en siglos. Cada instante de la eternidad parecerá una eternidad por sí mismo.

Un día, el buen religioso, llevando la carga de su fé y de sus años, se dirige al claro del bosque donde escuchó la voz del ave paradisiaca, sueño de su oído desde entonces. Piensa en la culpa sin redención; en el castigo sin límites. Sabe lo que es la dicha que no acaba y se horroriza ante la imagen de la desventura inacabable. Entonces vé que se mueven las ramas del árbol mismo en que se posó el pájaro maravilloso; pero no es la música del canto sino la aspereza de la palabra lo que llega á sus oídos.

Satanás va á probarlo á su vez y le dice:—Dios te ha engañado; no es solo el placer el que hace correr velozmente los días y los años; el dolor tiene la misma virtud; la eternidad solo existe para la esperanza.

El pobre monje siente de pronto que sus pies penetran en la tierra, y que la tierra al apretarse de nuevo le tritura los huesos; siente que una rama desprendida de un árbol, se hunde en su cráneo y le hace saltar los ojos, le cierra la garganta y lo ahoga. Y esa rama quema todo por donde pasa, como plomo derretido. El dolor que sufre es tan espantoso que su razón empieza á extraviarse. Jamás habría imaginado que las fuerzas humanas pudieran soportar más de un segundo tal suma de torturas. . . .

Fué una alucinación horrible, sin duda, por que al abandonarlo el dolor, sus ojos ven la luz y sus plantas tocan la tierra. El cenobita regresa á su convento con las últimas luces de la tarde. La campana toca el *Angelus*; él se arrodilla y ora. Y turba entonces su fervor un espectáculo extraño: los campos que lo rodean tienen un aspecto distinto del que tenían horas antes, cuando emprendió su solitario paseo. Llama á la puerta del monasterio y el monje que abre es un anciano desconocido.

—El hermano Juan. . . el portero?

—Yo soy el hermano Juan y hace cincuenta años que guardo la puerta del convento. Entrad, hermano, seais quien fuereis.

El religioso deja caer la cabeza sobre el pecho y murmura:

—Otra vez. Señor!

Y piensa que los siglos de dolor, como los siglos del placer, son instantes de la eternidad. Pero seais instantes ó siglos ¿que más dá dentro de lo que no tiene término?

Cuando el ave que lustra cada cien años su pico en la montaña de diamante, haya hecho desaparecer la montaña, el hastío no habrá llegado aún (pero eso prueba que no llegará nunca) El dolor será dolor todavía; pero eso prueba que lo será siempre!

Y el pobre monje siente que vuelve la duda á morder su corazón, que conoce ya los goces del paraíso y los tormentos del infierno.

RICARDO JAIMES FREYRE.

NOTAS

Luz y Sombra

Hoy engalanamos nuestra primera página con una hermosa poesía inédita que desde Nicaragua nos envía el ilustre poeta Santiago Argüello: uno de los primeros entre los modernos de América, de cuya labor intelectual, hasta donde no es posible juzgarla, nos prometemos hablar en breve.

Osiris

Exquisita revista de arte que dirige en Barranquilla Roberto E. de Castro, y que llega hasta nuestra mesa de trabajo, á decirnos muchas bellas frases sonoras de la intelectualidad colombiana, y del valiente grupo de jóvenes que pulen sus más preciadas joyas en la mañana del Ensueño en la ciudad emporio, la cautiva ribereña del Magdalena. Al abrir sus páginas tropezaron nuestros ojos con los nombres de viejos y nuevos conocidos. Manuel Cervera, intelectual de gran potencia imaginativa, esplendoroso y exquisito; Hermes Cepeda, lírico que acendra la miel de su colmena interior repleta de jugo sabroso, Leopoldo de la Rosa, profundo en sus pensamientos, y que carga sus veinte años como si fueran veinte siglos; Gabriel Arango Valencia, amable y gallardo como un trovador medioeval, y con ellos Francisco Palacio P. cuyo *Rondel* nos encantó con su hechizo, y Ernesto O. Palacio y Dello Seraville también, generación, vigorosa y fuerte llamada á sostener el renombre de tierra privilegiada del talento que los mayores, los que ya se fueron ó están alirse, conquistaron en días lejanos para Colombia.

Bienvenida *Osiris*, flor de Intelectualidad.

De regreso

Está ya entre nosotros de nuevo un excelente amigo y distinguido hombre de ciencia, el doctor Ciro Luis Urriola, quien ha permanecido cerca de un año en Europa, adonde fué como delegado de nuestra República ante el congreso médico reunido en París para estudiar la manera de combatir la tuberculosis.

Nos complacemos en presentar nuestro cariñoso saludo al doctor Urriola, eminente panameño por mas de un título.

¡finezza

Andrés Almendral, un inteligente joven panameño que en Italia estudia con afán el arte musical, nos honra al bautizar con el nombre de esta revista una de sus primeras producciones que á la vez nos dedica.

La composición del compatriota cariñoso, ejecutada por la Banda Republicana en días pasados, fué del agrado público y da una idea sobre el aprovechamiento alcanzado en el espacio de un año por Almendral, quien dadas sus aplicaciones y buenas disposiciones, coronará con éxito los estudios y logrará unir su nombre á los tres ó cuatro conque en los anales del arte está representada nuestra tierra.

Por los ausentes

Publicamos hoy los retratos de dos apreciables caballeros y amigos, Pablo Arosemena y Belisario Arango, cuya desaparición lamentablemente la sociedad panameña en la cual ocupaban puestos honrosos.

Sea este un tributo á la memoria de los extintos cuyo recuerdo vivirá por siempre en nosotros.

El Centauro

Este hermoso poema de Ismael López, con perfume de cosas viejas y una honda filosofía pagana desleída en sus bellos versos, es un trabajo fino y apreciable que deliciosamente nos hace estimar á su autor.

Agradecemos al amable y distinguido poeta su galante envío y aplaudimos sinceramente su labor de artista.

La Quincena

El último número que de esta importante revista salvadoreña hemos leído, se ocupa extensamente de nuestro compatriota Darío Herrera, ya insertando prosas y versos magníficos de su tesoro, ya reproduciendo juicios publicados por notables literatos y periódicos importantes acerca de su persona y de su obra.

Nos alegramos por esta muestra de aprecio que en el exterior se tributa á Darío, quien lejos de las envidias de la parroquia ha visto cómo se aprecia justamente su labor de artista distinguido.

Obra útil

Hemos recibido algunos cuadernos del *Diccionario Salvat*, hermoso trabajo enciclopédico que están editando con muy buen éxito los señores Salvat y Cía., de Barcelona, España.

Recomendamos á nuestros lectores el nuevo diccionario, obra de todo lujo y de utilidad manifiesta, pudiendo suscribirse á ella por medio del señor Carlos J. Cuelón, en Colón, ó dirigiéndose directamente á la casa editora Salvat y Cía., Mallorca 220, Barcelona.